

MARCO ANTONIO MONTES DE OCA

POEMAS DE LA CONVALECENCIA

IV

Puestos a flotar
¿no desaparece la cojera?

Húmedo todavía el retrato
—en vez de frotarlo contra las costillas—
no conviene más
¿orearlo bajo la vaca
y su cola de metrónomo,
bajo el tiempo
y su tregua erosionada?

Vagas preguntas amañadas:
La vida me ha limado
cresta y espolón.
La sabiduría es lo que triunfa
cuando uno ya no tiene
cresta ni espolón.

¡Combatan la sabiduría
con una degollina de alcatraces!
¡Devuélvanme la grama que era nueva
y era azul!

Mundo al que se reduce el mundo:
lava con tu vendabal de sollozos
las encarnizadas mutaciones,
mis mordeduras fosforescentes,
las insaciables ceremonias
en que otra vez se asesina a los muertos
para que contesten cuando todos duermen
y con ríos de aceite dorado,
rapten el espíritu
de las lámparas volcadas.

VI

Entra en materia la materia
y en su balance final
arranca mariposas
al arcoiris que enderezo,
arranca trofeos quemados,
conchas rotas
por una brisa de sangre que ensordece
y luego se evapora,
humeante jarabe de suplicio
quemado en la conflagración
taimada del eclipse.

Entra el espíritu en materia
y sus creaturas que tapian la garganta
se despedazan en las costas del insomnio
y al garete se pierden
sus apariciones acezantes,
su corriente imaginaria
que es nuestro único sustento.

Venid a mí,
despojos de ambos bandos,
imanes de agitado brío,
testigos confusos
como la lengua en que os invoco,
queridas totalidades arrastradas
por un sembradío de harpones.

Sombras, piélagos, espumas,
nubes negras de futuro claro,
verdugos de águilas inéditas,
testigos sordomudos y convictos,
venid a mí,
yo os acojo.

X

He visto
en estado de crisálida,
un oscuro signo que se hincha
tras el punto final:
apocalipsis desleído,
aleta de relámpago,
miedo que no se mira venir.

He visto, claro está,
la barba fuera de lugar,
el hirsuto mundo
fuera de lugar.

Y se me viene encima
mi atávica orfandad,
se quiebra el espejo de los topos
porque así lo ordena
un ruinoso chubasco
de llaves y cucharas.

No tiene el hombre
nada con qué trenzar
su hilo impar.
Y se me viene encima, claro está,
el reloj catedralicio,
la inmensa araña de cristal.